

en parte turbada y en parte alegre de su aventura. Aquel mismo día, poco antes de la hora del almuerzo, detúvose delante de la fonda de la Sirena un coche ostentoso, del cual salió un distinguido caballero anciano y una joven: eran el conde Octavio de los Laureles y su hija Julia. Admitidos por mistress Ana con las mayores demostraciones de honor, y no sin un poco de vergüenza, el conde, persona de la más exquisita educación, se puso á excusar á su hija, que por sus pocos años y por su imaginación exaltada, propia de artista, habíase atrevido á ofrecer á otros aquel trabajito.—En cuanto á mí, añadió el conde, no puedo quejarme, porque me proporciona lo sucedido la ocasión de añadir otro apreciable conocimiento á los varios adquiridos al otro lado de los montes.

Mistress Ana se deshizo en cumplimientos, acciones de gracias y elogios de la pintura, á que la joven acababa de añadir un hermoso cuadrado de ébano con adornos dorados, que adquirido había para su padre. La conversacion versó pronto sobre Inglaterra, sobre las bellas artes de Italia y sobre las ansias de ver cosas nuevas, siendo cordial, y durando más de lo que se suelen prolongar en las primeras visitas

de cumplido, En toda ella el recato y actitud de Julia, unidos á su hablar agradabilísimo, deslumbraron de tal suerte á la extranjera, que, terminada la visita parecíale, que trascurrian mil años sin poderla devolver.

II.

DESCONFIANZAS Y SOSPECHAS.

Quiso la casualidad que mistress Ana, entrando en la casa del conde de los Laureles, descubriese un rótulo de alquiler en una de las puertas; como había dicho á su agente de viaje que diese vueltas y buscarse una habitación donde pasar tres meses, se paró á lerlo atentamente. Se presentó el portero entonces, y habiéndole preguntado ella por la habitación desocupada, el buen napolitano, que no sabía ciertamente hablar á silbidos, entendió sin más que la señora deseaba visitar el cuarto, respecto del cual había leído el *Se alquila*. Tomando un manojito de llaves, escogió una sobre cuya madera estaba escrito *Piso segundo*, y dijo á la Needle:—Hágame el favor, excelencia; suba conmigo.—La inglesa fué conducida al segundo piso, y no sin asom-

bro vió al hombre abrir la puerta, é invitarla con gestos á entrar. El cuarto parecía cómodo y estaba completamente libre, por lo cual, si bien se apercibió de la equivocación, lejos de disgustarse, parecióle una muy buena ventura. Examinó, por lo tanto, atentamente cada pieza, la amplitud de las ventanas, los pasos de comunicación, las cosas fijas, el *confort* de los muebles (estaban las habitaciones amuebladas), y, en fin, las demás comodidades á propósito para su familia y para sus criados. Sobre todo, la vista parecíale deliciosa, y el portero, viéndola semi-encantada en los balcones, pretendía que desde allí se gozaba la mejor temperatura de Nápoles y de sus contornos. En una palabra; la señora pidió el precio, y deseosa de no perder un día, se hizo conducir á la presencia del señor de la casa. Era precisamente el conde de los Laureles, y mistress Needle se alegró de poder matar dos pájaros con una pedrada.

Era esperada, y fué recibida, tanto por el conde como por la condesa, con la vivaz afabilidad propia de las casas patrias de Nápoles. Habiendo venido Julia después, la cumplimentó mucho, hizo caricias á las pequeñas, de cuyo lado nunca

se apartaba la señora, y les quiso enseñar á todo trance su estudio, lo cual era invitar de un modo indirecto á su madre. Mistress Ana se prestó de muy buena voluntad, admirando el estante de libros encuadernados con piel marroquí de varios colores y de lindos dibujos, no siendo pocos para una señorita; con gran placer leyó en algunos los títulos de varias obras inglesas, literarias en parte y por ella conocidas, y en parte ascéticas, de que no tenía la menor noticia; pasó luego en revista la colección de plantas, de piedras y de mariposas, que, unidas al dibujo y á la música, formaban los objetos de las pasiones más fervidas de Julia; reconoció á la Virgen de la galería, cuya copia, mucho más grande que la miniatura, mostraba las trazas aún de la redécilla, con la que había Julia trasladado al marfil en menores proporciones. La gentil joven hacía de *cicerone* dulcemente y con donaire, sin alabanza y sin esfuerzo; por lo cual mistress Needle, como buena madre, iba repitiendo en su corazón: “¡Dios quiera que semejante á ésta salgan mis hijas!”

No hay que decir si la vecindad de Julia y de su ilustre familia harían cada vez más agradable á la extranjera el alojamiento.

to poco antes visitado. No dijo palabra, y sin dificultad concluyó el contrato: al día siguiente hizo trasportar á él sus baules. Era la vez primera que la rigidísima anglicana (tal era la señora Needle, y consumada *pietista* (1) por añadidura), dejaba que se abriese su corazón á un sentimiento de amor y á un principio de confianza en pró de papistas y extranjeros. Trascurriendo los días, adquirió franqueza cada vez mayor con la familia del conde de los Laureles, y las recíprocas relaciones se hicieron frecuentes, aunque no muy simpáticas por entonces, ni muy amistosas. No sabía comprender cómo habiendo repelido antes el menor trato un poco íntimo con las personas pertenecientes á la comunión católica, y sobre todo con las fanáticas italianas, concedía entrada libre ahora á una familia aristocrática, que respiraba el *papismo* más completo, sin que nadie mostrara la menor aversión á su persona, sino respeto y benevolencia, sin embargo de que á lo menos debían poner en duda sus ideas heterodoxas. Ya no le hacían aguardar en ninguna hora del día, pudiendo con su mirada sagaz sorprender y descubrir las cos-

(1) Una de las muchas sectas protestantes. (Nota del traductor.)

tumbres domésticas; contra todo lo que aguardaba, en la casa del conde de los Laureles descubriría toda la regularidad de las *serious families* de su país; la hermanita y el hermano paterno de Julia (la condesa era su madrastra) eran poco más ó menos de la edad de sus hijas, asemejándose á ellas en los modales, en el trato y en la inocencia; indudablemente descubriría mayor cultura y despejo al entretenerse con ellas por haber sido educadas á la italiana, y por no haber crecido á la inglesa, esto es, en la *nursery*, ó, como diremos nosotros, junto á la nodriza, en cuyo cuarto no suelen ver casi otro semblante que el de la madre y el de la camarera.

Ignoraba ella que todas las distinciones se le hubiesen negado en absoluto, á la primer indicación que hubiera hecho contra la fe religiosa de la familia. Habiéndola tratado Julia íntimamente, se apercibió de que faltaba en su habitación toda huella de piedad católica, y tuvo miedo en un principio: parecíale mal encontrarse en aquella estancia sin un Crucifijo y sin una Virgen, como en pleno gentilismo. Dijóle su padre que se pusiera muy en guardia contra los libros, y que si la extranjera le recomendase alguno, fuera cauta, sin leer

antes de pasarlo por la censura paterna. El mismo, hallándose conversando con la Needle, abrió con afectada indiferencia una Biblia que sobre una mesa estaba, viéndola desprovista de notas, sin el libro de la Sabiduría, sin el de Tobías y sin el de los Macabeos. Volvió á cerrarla, sacando por consecuencia indubitable que la mistress Needle era anglicana ciertamente, ó de alguna de las dos ó trescientas sectas conocidas. Por lo cual, vuelto á su casa, dispuso que con ella no se hablase de religión, tratándosela, empero, con la más extraordinaria cortesía en todo lo restante, porque aparte su involuntaria desventura, la señora Needle parecía la más honrada mujer del mundo, y madre óptima, enriquecida con todas las bondades que más embellecen su sexo y su condición: quizá el trato cortés de los católicos contribuiría poderosamente á disminuir en ella las preocupaciones calumniosas de su creencia falsa. Esta firme voluntad del conde de los Laureles era la razón secreta de los tratos amorosos con que los suyos complacían á la protestante.

Mientras con tanta discreción era favorecida por el señor de su casa, mistress Needle no deponía sus prevenciones con-

tra el *papismo*. Todo lo contrario: persuadióse de que la familia del conde de los Laureles, á lo más, constituía una feliz excepción, ya que no fuera la mayor hipocresía la única virtud de aquellos señores. Así razonaba ella cuando le parecía sentir en su conciencia una especie de remordimiento por la mucha estimación que, mal de su grado, profesaba especialmente á Julia. Pero no dejaba de inquirir sutilmente y casi de fiscalizar á su amiga nueva, al presentársele una ocasión propicia, con tanto mayor disimulo, cuanto más profunda era su desconfianza. No habia podido nunca descubrir en ella la menor vanidad ni orgullo, sin embargo de que su nacimiento, sus gracias naturales y la multitud de los adornos de su educación esmerada le ofrecían coyuntura para envanecerse mucho. La tentó sobre la materia delicada del corazón. Habiéndola hecho hablar de sus esperanzas en el porvenir, contestó Julia sencillamente:—Es la cosa de que ménos me cuido: mi padre piensa en ello, y confío que aun más pensará Dios. ¿Qué podría yo hacer para conseguir mí dicha? Nada. Por lo demás, no vivo escondida en un estuche: si alguno forma propósitos respecto de mí, los dejará conocer.

—Pero á su edad, ¿no hay ninguno por quien se haya interesado su corazón?

—Por ahora ninguno, ninguno de veras . . . Alguna indicación me consta que ha hecho á mi padre una tercera persona; mas no quiero poner nada de mi parte á fin de apresurar ó inquirir: si son rosas, florecerán á su tiempo; por fin, me parece que si me toca escoger, corresponde á los padres presentar.

Esta ingenua contestación, que cien muchachas católicas dieron y dan continuamente, pareció un prodigio de recato á la señora Needle, que conocía muy bien la costumbre completamente diversa de su patria, en la cual es demasiado común que después del período reservadísimo de la infancia, los padres abran la mano á otro período de libertad fanesto para las jóvenes.—¡Oh! decía ella, no he oído á ninguna que me hablase con filosofía tan estóica. La mayor parte, apenas llegan á la pubertad, ó son introducidas en las reuniones, echan el ojo á su presa, y la persiguen encarnizadamente, hasta que la logran, ó la pierden de vista. . . ¿Y qué hacen los padres de familia? Los hay sesudos, gracias á Dios, en gran número; pero no faltan hombres sandios que contribuyen á la

obra; y, bajo el especioso pretexto de que los matrimonios son para las personas casaderas y no para los parainfos, dejan que sus hijos se labren su desventura. . . Basta; de esto hay un poco en todas partes; no es un privilegio de la Alta Iglesia (1).

Otro incidente ocurrió, que si no le hizo concebir alguna idea excelente de la religion del Papa, hízola cuando ménos desconfiar de sus propias desconfianzas. Hallábase la desconfiada viajera, antes de amanecer, apoyada en el antepecho de la ventana, con las persianas entreabiertas, toda ojos y hiel, poniendo en parangón las mañanas de Nápoles con las mañanas de las grandes poblaciones inglesas, y especialmente de Londres. Con secreto triunfo de su desden *anti-papístico*, esperaba reconocer las trazas de la decadencia moral de aquella gran metrópoli católica, de la que á porfía escandalizanse los viajeros protestantes. Muchas horas consumió burlándose de aquel modo, aunque sin descubrir nada en que poder afirmar su preocupación. En su virtud, dejando una vez el lecho, y siendo mayor su afán, encar-

[1] Frase que suelen pronunciar con frecuencia muchos protestantes. (Nota del traductor)

gó su coche para un poco ántes de amanecer el día siguiente; hizo subir detrás á uno de sus servidores, armado hasta los dientes y á otro delante, como si hubieran de atravesar un bosque lleno de malhechores, ordenando al cochero que fuera con lentitud por las calles más populares de la ciudad.

Sucedió á mistress Needle que su guía impresa y los recuerdos de las relaciones referentes á Nápoles le parecieron mentiras de hadas. No descubría sino tiendas atrancadas, balcones cerrados, puertas cocheras no grandes, cerradas ó vacías, y un silencio profundo, apenas interrumpido por las pisadas de la poca gente que desfilaba junto á las paredes, estudiando su paso; hasta el primer rayo del sol no se animaba la ciudad por los forasteros y mercaderes, solícitos de proveer los mercados de verduras, frutas, pescados y carnes. La viajera se indignaba casi con el cochero porque no había traslucido su deseo de estudiar las costumbres de Nápoles: sólo despues de ir mucho en coche en todas direcciones, comenzó á desengañarse, pero á su manera. Nápoles, á su modo de ver, no se podía comparar con Londres, á lo menos en su parte exterior. Al amanecer,

Londres es insoportable: cuantas veces había tenido que verla yendo á la estacion de *London bridge*, habíase visto precisada de todo punto á bajar las cortinas de las portezuelas, por el horror y las náuseas.—Mas á lo menos allí, reflexionaba ella perspicazmente, la corrupción es corrupción, libre corrupción; nada se vela, ni se disimula. Aquí, por el contrario, estos hombres casi fugitivos, y estas mujeres envueltas en velos, cuando vuelven de las orgías de la noche, me dan doble asco.—Así se consolaba de su derrota.

¡Pobre ilusa! Le habían atronado tan extraordinariamente los oídos con la podre de la corrupción de las poblaciones *papistas*, que consideraba ciertamente á Roma, Nápoles, Milán y Turín encenegadas en el fango cien veces más que las morales poblaciones inglesas. Esperaba, pues, hallar en todas partes, y en Nápoles principalmente, aquellas crueles tabernas, iluminadas con gas, que se hallan en los arrabales de Haymarket, de Regent-street, de Strand, de Piccadilly, y de cien otros puntos; aquellas *public-houses*, aquellas *case d'ostriche*, aquellos *palazzi del gin*, aquellos *saloni* del piso bajo, donde al comenzar la noche comienza el día de los excesos, que acaba só-

lo al despuntar la nueva luz. Buscaba eso, no para gozarse ciertamente, sino á fin de aborrecer desde lo más íntimo de su alma la abyección de los infelices pueblos sumidos en las tinieblas de la superstición. Maravillábase de no hallar en todas partes aquellos desocupados y cosa peor, que desembocan de todas partes en Londres, á grupos, á hileras, á montones, á olas, y en tropel, ébrios por los licores falsificados, y por la atmósfera de todos los vicios, respirada durante la noche. No dudaba encontrar en medio de Nápoles, y en el primer crepúsculo, nubes de mujeres infelices, á cientos y millares, como en Londres, desgredadas, con los sombreros de color de rosa pendientes, con las basquiñas sucias y destrozadas, en actitud de ir presurosas á los antros, que son su cueva cada noche; estaba segura de que no faltarían, como en Londres, aquí y allá, meretrices embriagadas y adormecidas en los umbrales de las puertas, echadas á lo largo de las paredes de las casas, ó envueltas en el lodo; sin embargo, nada de lo dicho presentábase á sus ojos en la ciudad papista. ¿Cómo explicar este misterio?—Nápoles, positivamente, acababa diciendo, es la población de la más consumada hipocresía. . . . Es

verdad que de Berlín hube de huir horrorizada por las abominaciones que se ostentan sin freno en todas partes, selladas y permitidas por las autoridades civiles: ¡es verdad que la estadística da en Londres una torpe prostituta por cada siete mujeres! Pero el que lo desea se puede librar del contagio. Aquí no; toda la hediondez yace escondida en las casas comunes, y se empantana en el seno de las familias. ¡Qué pestilencia! volvía á exclamar; ¡qué pestilencia mezclada, confundida é identificada con las costumbres del pueblo! ¡Y decir que nada en el exterior se trasluce! Esto es ciertamente el *non plus ultra* de la corrupción; es la podredumbre de las heridas, infiltrada en la circulación de la sangre. . . . Tales abominaciones no se conocen en la libre Inglaterra—

En tanto que la ferviente admiradora de su patria y acusadora de las demás, expresábase tan sabiamente, era conducida á su casa de nuevo al salir el sol. Halló abiertas de par en par las ventanas, y miró la marina: hi aquí que salía del portal nada ménos que *miss* Julia en persona, con otra mujer.—¡Quién lo hubiera creído! exclamo la Needle llena de indignación. ¡Tom, Tom (era un criado) ven aquí

al momento: ¿Ves aquellas dos mujeres que huyen presurosas? Vé, vuela, marcha detrás, y no las abandones un instante; cuando vuelvas, sabrás decirme adonde han ido. Tom se puso el sombrero, saltó las escaleras y lanzóse como un perro de presa, que no pierde de vista la caza; pero ¿qué? De pronto las mujeres doblaron una esquina, y desaparecieron. El pobre Tom se paró mirando á su alrededor, desmemoriado y aturdido; por fin, viendo entrar gente en una iglesia, imaginó que se habrían metido dentro. Entra, las distingue en una banca la una junto á la otra, y corre á referir á su señora lo que había visto.

Mistress Needle entre tanto daba valor á sus sospechas, fantaseando locamente. ¡Oh, la bribona de Julia de paseo también á esta hora! ¡Y se hacia la inocente, la pudibunda, la angélica! ¡Y torcía el cuello como una palomita del nido contándome que hoy se celebraba la fiesta de su Virgen! ¡Qué sepulcros blanqueados son los *papistas*! ¡Necio quien cree en sus manías de devociones! Mas yo sabré qué centro de corrupción frecuente.—Al decir esto, llegó el servidor jadeante, y dijo:—Han entrado en la iglesia.—Llévame pronto

á donde han ido, contestó la señora: echarse un manto encima y ponerse un sombrero, fué una cosa misma. Estaba lejos, muy lejos de imaginar que el *servicio* de los templos católicos pudiese diferenciarse mucho de las solemnidades de los protestantes; creía como de fe que la *Cena* se celebraba una sóla vez los domingos á hora cómoda, en que las señoras hubieran podido componerse y arreglarse. Juzgando lo peor de aquella reunión eclesiástica, sentíase dominada por el ansia irresistible de ver con sus ojos lo que pasaba en ella de misterioso.

Ahora bien: encontró lo que cualquier cristiano halla en los templos, en las primeras horas de la mañana, sobre todo en los dias de mayor devoción. El sagrado lugar se iba paulatinamente llenando de personas de toda condición; la generalidad eran del pueblo, criados y católicos humildes de la clase media. Toda esta gente parecía colocarse en la casa de Dios como en la suya propia: los pobres cerca de los ricos, y las mujeres con los pequeñuelos; algunos que pendían de los brazos de sus madres, con sus gritos y lloriqueos escandalizaban fleramente á la *pietista* hostil; legos y sacerdotes entraban ó salían por

cierta puerta interior de la iglesia (la de la sacristía), y aún se mezclaban algunas mujeres. Era un espectáculo nuevo y extraño para la señora Needle, y mucho más le asombraba ver salir á los sacerdotes revestidos llevando el cáliz, y al pueblo formar una especie de cola, circundando los altares donde se detenían; unos leían en libritos, otros pasaban el rosario, y otros atendían de diferente manera al *servicio*. según la propia devoción ó tibieza.

Pero lo que más ávidamente buscaba con sus ojos, era á Julia. La descubrió entre un grupo de mujeres veladas como ella, y de hombres recogidos y graves, cerca de una especie de cajón con tres divisiones. Vió en la del medio sentado un sacerdote con sobrepellíz y estola; vió á Julia caer de rodillas cuando llegó su vez, junto á la reja. Mistress Ana echó mano á su reloj, por imaginar que aquel acto debía ser la confesión de los católicos: ansiaba saber la duración de aquel misterio papista. Julia permaneció siete minutos, ni más ni menos; al salir de allí, con el velo siempre echado, dirigióse al comulgatorio. La siguió sucesivamente la Needle, poniéndose detrás de una columna, para vigilarla de

cerca. Con curiosidad, que iba en aumento, observó el modo práctico de la *Cena*, maravillándose del número crecido de hombres de varias condiciones que á la sagrada mesa concurrían. No pudo mirar la cara de Julia en el momento de recibir la partícula; pero bien fijó los ojos en su semblante al volverse á su sitio. Esta vista, mal de su grado, la hizo impresión, imponiéndola un sentimiento de respeto. Julia resplandecía entonces con toda la belleza moral de la virgen cristiana; la vió con las manos juntas, la cabeza cubierta, la cara humilde, la mirada contenida y el espíritu recojido en Dios. ¡Parece aquella Virgen que copiaba en el museo! iba pensando consigo propia la protestante. En el momento en que más miraba la viviente pintura, alzó Julia una mano, se hizo caer el velo hasta debajo la barba, y volvióse á su puesto de ántes, arrodillada é inclinada la faz entre las palmas de sus manos.

Mistress Ana no quiso perder nada de la escena, y no se movió hasta después de observar á Julia que salía de la Iglesia. Volvió á su casa con la mente absorbida en su aventura, contraria de todo punto á sus cálculos. Como no tenía un corazón maligno y pérfido, comenzó á explicar con

menos hastío aquella imaginada hipocresía del pueblo que había visto al amanecer.— Es claro; iban al *servicio* del templo.... Van gentes de todas condiciones. ¡Ah! si no fuese la cena católica un banquete de Babilonia, ¡qué bella costumbre para introducirla en mi parroquia del Parque verde! —Pero pronto se corregía escrupulosamente.—Poco á poco; no nos dejemos dominar por imprudentes entusiasmos: hay muchos lados á que atender. Esta cena sin orden, hecha sucesivamente en tantas mesas, no es bastante grave y respetuosa... Una sola, á eso del medio día, delante de todo el pueblo, es mucho mejor. Entrad en San Pablo de Lóndres: ¡qué silencio! ¡Qué retiro! ¡Qué selecta reunión! Allí acude la flor de los ciudadanos; poca gente á la verdad, pero á lo menos aquellos hombres distinguidos están con decoro, y aquellas *ladies* apenas se mueven ó lo hacen á compás; parece un auditorio pintado.—Sino que al llegar á este punto, á la pobre *pietista* se le representaba Julia en el momento de volver de la mesa celestial; aquella cara, aquella actitud, aquella trasfiguración del semblante, absorto en la fe religiosa, dañaban y confundían su razonamiento, continuando delante de su fan-

tasía delineados con vivos resplandores como si se tratase de una visión.

En la mañana misma tuvo ansia de inquirir los interiores efectos de la Cena en la muchacha, y mediante un pretexto, la vió en su presencia, y se puso á conversar de cosas comunes, de modas, de juegos y de diversiones. Julia correspondía serena y decidora según su costumbre, no menos amable y alegre, acariciando á las hijas de la señora; en suma, no demostraba que hubiese ocurrido en ella el menor cambio. La Needle intentó sorprenderla con una revelación inesperada:—Dígame, *miss* Julia, ¿qué pensaría de mí si le dijese que esta mañana la he espiado en el templo mientras decía sus faltas al sacerdote, y celebraba la Cena.?

Julia, sin vacilar:—Diría que ha hecho perfectamente no dejándose ver, para no distraerme.

—¡Oh! ¿Que efecto y qué impresión experimentan los católicos por este rito?

—Yo, repuso Julia, no puedo hablar de las otras; en cuanto á mí, me siento más tranquila que nunca, y el mundo me parece más hermoso cuando vuelvo de mis devociones.

Mistress Ana no empujó más allá su ex-

cursión indagatoria: había pasado con exceso su confin de no meterse nunca en las cuestiones religiosas, para no perturbar su quietud ni la de nadie. Por otra parte, ¿qué podían aprovechar semejantes discursos? Miraba las ceremonias católicas con absoluta indiferencia, como un mero estudio histórico é instructivo, con el propio interés con que hubiera contemplado en Constantinopla las danzas, y las costumbres morunas de los *dervís* (1) mahometanos. El corazón continuaba tan firme, que le parecía inútil investigar las opiniones ajenas, contrarias á la verdad que poseía. El único resultado real para la *pietista* petrificada, fué sentir disiparse algo la desconfianza que la hizo sospechar de Julia. Imposible ya desconocer que había de habérselas con una *papista* supersticiosa en grado superlativo, mas de ánimo recto y de buena fe. Fué su primer paso hacia la amistad, que no podía hallarse lejos.

¿Y quién podía predecir la cadena de los sucesos futuros, dependientes de dicho primer eslabón?

(1) Nombre de ciertos religiosos que viven juntos bajo la dirección de un superior. En cada monasterio suele haber treinta ó cuarenta. (Nota del traductor.)

III.

MUTUA CONFIANZA.

Un corazón bien formado, no envuelto en los pliegues de la voluntaria perversión ó de las costumbres viciosas, con dificultad resiste al encanto inocente de la virtud; forzoso es que se rinda á su noble y delicada violencia. Mistress Needle, tratando á los del conde de los Laureles, tenía ocasión diariamente casi de conocer á no pocas personas, y sobre todo á damas distinguidas. Como su carácter noble y apacible servíala de carta de recomendación, y además daba de ella testimonio espléndido la misma familiaridad de la casa, no tardaron á franquearle la puerta muchas familias nobles, cosa para ella, sin amigas en Nápoles, sobre toda ponderación agradable. Julia, por otra parte, no vaciló un